

San José

Custodio del Verbo encarnado

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

La figura de san José ocupa un lugar singular en el plan de Dios porque hay que decir que es decisivo y sin embargo, silencioso. Los Evangelios no registran ninguna palabra pronunciada por él, pero lo presentan como protagonista en la inserción histórica del Verbo encarnado.

Si la Encarnación es la asunción real de naturaleza humana en una historia concreta, entonces esa historia incluye participar de estructuras humanas reales, empezando por la genealogía, siendo parte de una familia con sus valores y respetando la autoridad doméstica, hay que aprender un lenguaje, recibir educación religiosa, realizar un trabajo, en fin, ser parte de una cultura, en este caso, la del pueblo escogido de Israel. Y en ese entramado histórico, san José no es accesorio, sino mediador.

La tesis de este ensayo es la siguiente:

La misión de san José pertenece al modo histórico de la pedagogía querida por Dios para la Encarnación, desde luego que no tiene que ver con la filiación divina del Hijo, pero sí forma parte de su inserción humana real.

Desde esta perspectiva, el silencio de san José, su paternidad virginal, el desarrollo de su culto y su trabajo forman parte de la cristología.

Empecemos por decir que el primer rasgo que define a san José aparece en Mt 1,19: “José, su esposo, era justo (δίκαιος)”.

En el contexto bíblico, justicia no significa simple rectitud legal. Se refiere a ser totalmente fiel a la voluntad divina en el marco de la Alianza. José es presentado como un hombre interiormente configurado con la voluntad de Dios.

Esta caracterización no es una categoría moral, sino que forma parte de la estructura de la Encarnación. La fidelidad de san José lo capacita para transitar el misterio que lo desborda sin intentar dominarlo.

En el Evangelio de Mateo, san José recibe revelación en sueños (Mt 1,20; 2,13; 2,19; 2,22). El paralelismo con el José del Génesis es evidente, pero aquí la función es distinta, no interpreta sueños ajenos, sino que obedece revelaciones directas.



El rasgo particular es la ausencia de diálogo argumentativo. A diferencia de la Virgen María (cf. Lc 1,34), san José no hace ninguna pregunta. Su fe se expresa en acciones inmediatas.

Su silencio, por tanto, no es ausencia de narrativa. Es una manera de responder a Dios. En la economía de la Revelación, que es el plan divino de salvación, tenemos que los profetas hablan, los apóstoles predicán y en el caso de san José, él actúa. Su misión no es de proclamación, sino de custodia. Todos forman parte del plan de Dios y cada uno tiene su misión de acuerdo al momento y a la situación en que se encuentra.

En Mt 1,25 se afirma que José “le puso por nombre Jesús”. Recordemos que en la cultura judía del siglo I, imponer el nombre implica autoridad paterna. A través de este gesto se introduce jurídicamente a Jesús en la casa de David.

Desde el punto de vista cristológico, esto es decisivo pues así Jesús no aparece como un individuo aislado, es reconocido públicamente como hijo y está inscrito en una genealogía mesiánica (cf. Mt 1,1-16). La paternidad de san José, aunque no es biológica, es jurídicamente real.

La ausencia de palabras pronunciadas por san José en los Evangelios ha sido interpretada espiritualmente a lo largo de la tradición. Teológicamente, puede comprenderse como coherente con la lógica de la Encarnación (cf. Flp 2,7).

Así como el Verbo eterno no se impone por poder, sino que se anonada y se presenta como un tierno e indefenso bebé recién nacido, san José ejerce su autoridad sin protagonismo, entendamos que san José no compite con el misterio, lo protege.

Este dato no es trivial, expresa un modo de autoridad, es custodiar sin ocupar el centro.

Cristo es Hijo eterno del Padre según su naturaleza divina. Esta filiación es ontológica y eterna y claramente la paternidad de san José no pertenece a este orden, pertenece al orden de la economía de la salvación, esto es al modo histórico querido por Dios para que el Hijo eterno asumiera la condición humana concreta.

La distinción es esencial y ahora hagamos unas precisiones para evitar cualquier confusión, desde luego que san José no interviene en la generación eterna, tampoco interviene en la concepción virginal que es



obra exclusiva del Espíritu Santo, pero sí interviene en la inserción histórica real del Hijo por designio divino.

La tradición escolástica —de modo especialmente claro en Tomás de Aquino— sostiene la realidad del matrimonio entre María y José (STh III, q. 29).

Tomás afirma que el matrimonio fue verdadero, José fue verdadero esposo y esta unión fue ordenada al misterio de Cristo. De ello se sigue que la paternidad de José es real en el orden doméstico y jurídico. No es mera apariencia. Entonces, la paternidad incluye autoridad legítima, responsabilidad educativa e introducción social en la comunidad. San José ejerce estas funciones plenamente.

Las promesas mesiánicas implicaban pertenencia a la casa de David (cf. 2 Sam 7). Mateo insiste en esta línea. La genealogía culmina en José (Mt 1,16). Y aunque no engendra biológicamente a Jesús, la filiación legal basta para garantizar la inserción mesiánica pública. Este elemento es cristológicamente necesario para evitar cualquier lectura docetista, confirmar la continuidad histórica con Israel y mostrar que la salvación acontece dentro de estructuras humanas reales, san José es el encargado de la custodia de la forma histórica del cumplimiento.

Hasta ahora hemos distinguido con precisión entre la filiación eterna (orden ontológico) y la filiación histórica de acuerdo al designio divino.

Ahora vamos a dar un paso más. Si el Hijo eterno procede del Padre según la Trinidad, y en la historia es confiado a san José, surge una pregunta teológicamente delicada ¿Existe alguna relación entre la paternidad divina y la paternidad de José? Y me parece que la respuesta debe formularse con extrema precisión para evitar alguna confusión.

San José no participa de la paternidad eterna del Padre, no comparte la generación divina, y no prolonga la procesión trinitaria. Pero sí participa analógicamente en la misión histórica del Padre respecto al Hijo. En la economía de la salvación, el Padre envía al Hijo (cf. Gal 4,4) y ese Hijo es confiado a un padre humano. La analogía es funcional, no es ontológica, san José refleja en el orden creado tres rasgos de la paternidad divina:

1. Custodia sin apropiación. Esto es que el Padre no posee al Hijo como objeto, lo engendra eternamente en libertad de amor. San José no posee al Niño, él lo protege y lo custodia.



2. Autoridad sin dominación. Significa que la autoridad divina es fuente de ser y amor, la autoridad de san José es servicio responsable.
3. Relación orientada a la misión. Por medio de la cual el Padre envía al Hijo al mundo y san José introduce al Hijo en la historia concreta para que cumpla su misión.

En los primeros siglos de nuestra era, la figura de san José aparece principalmente en contextos apologéticos vinculados a la virginidad de María y a la realidad de la Encarnación. Los Padres de la Iglesia insisten en la virginidad de María antes, durante y después del parto, la autenticidad del matrimonio con José y la realidad histórica del nacimiento de Cristo.

San Jerónimo defiende el matrimonio verdadero frente a interpretaciones reductivas. San Agustín subraya la legitimidad del vínculo conyugal sin detrimento de la virginidad. Sin embargo, no encontramos una teología sistemática desarrollada sobre san José en los primeros siglos, pero esto no indica irrelevancia, sino prioridad cristológica.

La Iglesia primitiva tuvo que defender primero la divinidad del Hijo, la unidad de persona, y la maternidad divina de María (cf. Concilio de Éfeso, 431).

Entonces, una vez asegurado el núcleo cristológico se pudo desplegar contemplativamente las figuras periféricas al centro.

A partir del siglo XIV, el culto a san José crece significativamente en Occidente, hay factores teológicos que explican este crecimiento, por una parte la profundización en la humanidad concreta de Cristo, la espiritualidad de la vida oculta y la teología del matrimonio y de la familia.

San Bernardino de Siena dedica sermones completos a la grandeza de san José. En la escolástica tardía se comienza a reflexionar explícitamente sobre su santidad singular.

No se trata de expansión sentimental, sino de desarrollo orgánico, aquí el principio teológico subyacente es muy claro, cuanto más se contempla la Encarnación concreta, más aparece la figura de san José como estructuralmente necesaria.

En el siglo XIX, El Papa Pío IX declara a San José Patrono de la Iglesia Universal (1870). El gesto tiene una densidad eclesiológica profunda pues



así como fue custodió del Cuerpo físico de Cristo, ahora custodia el Cuerpo místico del que Cristo es Cabeza y la Iglesia el cuerpo.

Posteriormente, El Papa León XIII publica la encíclica *Quamquam Pluries* (1889), donde desarrolla su papel protector.

Ya en el siglo XX, san Juan Pablo II en *Redemptoris Custos* articula sistemáticamente su misión dentro del misterio de Cristo. Allí se subraya que la misión de José está inseparablemente unida a la Encarnación.

Más recientemente, el Papa Francisco en *Patris Corde* propone una lectura pastoral que no altera la doctrina, sino que la aplica a desafíos contemporáneos.

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo prolongado en la historia. Si san José fue custodio del Cuerpo físico, su patronazgo sobre la Iglesia no es mera analogía poética, se fundamenta en una continuidad teológica, la misión histórica de custodia continúa, de modo espiritual, en la vida eclesial y esto explica por qué su figura adquiere especial relevancia en momentos de crisis cultural, cuando la paternidad se desdibuja, cuando la autoridad se pervierte y cuando la familia se fragiliza.

Entonces san José aparece como modelo de autoridad silenciosa, responsabilidad estable y fidelidad discreta. Y sobre todo siempre en referencia a Cristo.

El cristianismo no comenzó en una cátedra universitaria ni en un palacio, sino en un hogar y ese hogar tuvo un taller, durante treinta años —la inmensa mayoría de su vida terrena— Jesucristo vivió en Nazaret, trabajando. No realizó milagros públicos, no pronunció discursos multitudinarios, no fundó instituciones visibles. Trabajó. Este hecho, tan sencillo como decisivo, constituye uno de los pilares de la espiritualidad del trabajo desarrollada por san Josemaría Escrivá en el siglo XX. Si el Hijo de Dios quiso trabajar con manos humanas, entonces el trabajo no puede ser ajeno a la santidad. Y si aprendió ese trabajo junto a san José, entonces san José no es sólo una figura bíblica venerable, sino maestro permanente de la vida ordinaria santificada.

Los Evangelios nos ofrecen dos datos significativos, Jesús es llamado “el hijo del carpintero” (Mt 13,55) y también “el carpintero” (Mc 6,3), el término griego *tekton* designa a un artesano manual. No se trata de símbolo, sino de oficio real. San Josemaría contemplaba largamente este hecho. En su libro *Es Cristo que pasa* escribe que los años ocultos del Señor “son años



redentores” (n. 14), así, la redención no comienza únicamente en el Calvario. La obediencia diaria de Nazaret pertenece ya al misterio salvífico, y en ese contexto, san José aparece como figura formadora, no sólo sostiene económicamente el hogar, sino que introduce al Hijo —en su humanidad real— en el mundo del trabajo y Nazaret se convierte así en lugar teologal, espacio donde lo cotidiano adquiere densidad eterna.

San Josemaría subraya que el trabajo no nace del pecado, sino que pertenece al plan originario de Dios (cf. Gn 2,15), el pecado introduce fatiga y desorden, pero no crea el trabajo, por eso la espiritualidad del trabajo no es resignación ante un castigo, sino el encuentro de una vocación, san José no aparece como hombre resignado a una carga inevitable, es un trabajador responsable, colaborador consciente en el cuidado de su familia y desde esta perspectiva, el trabajo es participación en la obra creadora, cooperación con la providencia y un medio de crecimiento humano.

San Josemaría formuló con claridad una triple dimensión a este respecto:

1. Santificar el trabajo.
2. Santificarse en el trabajo.
3. Santificar a los demás con el trabajo.

San José encarna las tres, su labor es honesta y competente, su vida interior se fortalece en la fidelidad diaria y su trabajo sostiene la misión redentora de Cristo, no hay dualismo entre acción y oración.

Para san Josemaría, el núcleo de la vida cristiana es la filiación divina, trabajar como hijo transforma el sentido de la tarea, no se trabaja sólo para producir, sino para amar, en Nazaret, el trabajo se convierte en expresión de confianza filial y san José nos enseña que la autoridad paterna se vive también como servicio al designio de Dios.

San Josemaría insistía en la unidad de vida, no existe división entre lo sagrado y lo secular, el taller de san José es un lugar de contemplación, no porque haya discursos religiosos constantes, sino porque el trabajo se realiza en presencia de Dios “Contemplativos en medio del mundo” es una expresión de san Josemaría que resume esta intuición, san José no alterna entre “vida espiritual” y “vida laboral”, su trabajo forma parte de su respuesta a Dios.

San Josemaría enseñaba que el trabajo mal hecho no glorifica a Dios, la santificación del trabajo exige profesionalismo, san José, fue un artesano



reconocido, representa la dignidad del trabajo bien realizado, así la aptitud profesional se convierte en una virtud moral, pero también el trabajo incluye dificultad, san José conoce la incertidumbre, como cuando tuvo que huir a Egipto y también al regresar, pero su fidelidad no depende de circunstancias favorables y así se revela una espiritualidad realista, la santidad no consiste en ausencia de dificultades, sino en perseverancia.

En un mundo donde el trabajo se reduce a productividad o se absolutiza como identidad de las personas, la figura de san José ofrece equilibrio, pues nos enseña que el trabajo es un medio, no debe ser un ídolo, también enseña que la familia es prioridad, que la autoridad es servicio y que la santidad es posible en lo ordinario, su ejemplo resulta profundamente actual.

La propuesta de san Josemaría no es una técnica espiritual, en realidad ha sido una revolución silenciosa.

La doctrina social de la Iglesia, especialmente desde el siglo XIX, ha subrayado la dignidad del trabajo humano. Aunque no se apoya exclusivamente en la figura de san José, su ejemplo ilumina esta doctrina, en *Laborem Exercens* (1981), san Juan Pablo II insiste en que el trabajo tiene una dimensión subjetiva prioritaria sobre la objetiva. El valor del trabajo radica en la persona que lo realiza, la vida de Nazaret confirma esta intuición, el valor del trabajo de san José no radica en su productividad, sino en su responsabilidad ante Dios y ante la familia confiada, el taller de Nazaret es un lugar donde se revela que lo ordinario puede ser espacio de cooperación con el misterio.

Síntesis

Podemos ahora formular la arquitectura doctrinal completa.

1. En el orden cristológico

José no pertenece al ser eterno del Hijo, pero pertenece al modo histórico querido por Dios para su Encarnación.

2. En el orden antropológico

Su paternidad es real en el ámbito jurídico y doméstico, garantizando la inserción humana estructurada del Verbo.

3. En el orden trinitario (analógico)



Participa icónicamente en la misión histórica del Padre respecto al Hijo, sin intervenir en la generación eterna.

4. En el orden eclesiológico

Su patronazgo sobre la Iglesia prolonga su misión de custodia respecto al Cuerpo físico de Cristo.

5. En el orden moral y social

Su trabajo revela la dignidad del quehacer ordinario cuando es vivido como responsabilidad ante Dios.

Conclusión

San José no añade algo al misterio de Cristo, lo protege, no amplía la Revelación sino que la custodia y no ocupa el centro, pero garantiza que el centro tenga forma histórica de acuerdo al plan de salvación.

Su silencio no es vacío, sino estructura, su paternidad no es biológica, pero es real, su trabajo no es anecdótico, sino teológicamente significativo. En la arquitectura de la Encarnación, san José es el custodio del modo humano querido por Dios. Y tal vez por eso, cuando el mundo pierde el sentido de lo ordinario y lo confunde con lo insignificante, la Iglesia vuelve a Nazaret, vuelve al taller, vuelve al hombre justo que supo levantarse en la noche y tomar al Niño y a su madre y diligentemente acatar la voluntad de Dios. San José supo trabajar en silencio, mientras según nos dice san Lucas “Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres”.

19 de marzo 2026

